LIT FIRE DEPT. CREEK

El papà ARDENTE di mi hijo



AWARD WINNING BEST SELLING AUTHOR ELIANA PIERS WRITING AS

LANA PIERS

El papá ardiente de mi hijo

Lana Piers

Declaración de Copyright
El papá ardiente de mi hijo
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con hechos reales, lugares o personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.
Copyright © 2026 por Eliana Piers
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluidos fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, salvo lo permitido por la ley de copyright de Estados Unidos. Para solicitudes de permiso, contactar con la autora.
Imagen de portada © Eliana Piers
Diseño de portada Copyright © 2026 Eliana Piers
Todos los derechos reservados.

ISBN ebook 978-1-83420-392-8

ISBN paperback 978-1-83420-393-5

Contents

Dedicatoria
1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
8. Capítulo 8
9. Epílogo
¡Gracias por leer!
Otros títulos de Lana Piers
Agradecimientos
Sobre la autora

A mi papá,
Eres una de las mejores personas que conozco.

Chapter 1

Capítulo 1

Jessa

Es cien por cien culpa mía estar aquí, sosteniendo unos bóxers del «Mejor Padre del Mundo» en la mano para el mujeriego más famoso de Lit Creek, Nolan Finch.

—No pienso ponerme eso.

—Es lo único que he podido encontrar —digo por tercera vez.

—No me los voy a poner. No los necesito. Voy a ir sin calzonci…

—Lo sé. —Me tapo los oídos solo para darme cuenta de que ahora me estoy sujetando unos bóxers de hombre en la cara. Aunque, la verdad, dudo que mi cara pudiera estar más roja de lo que estaba hace unos instantes. Estoy más que irritada, y la vergüenza no hace más que aumentar la marea de emociones no deseadas que me invaden.

—No puedes salir ahí sin calzoncillos, Nolan. Es una de las normas de la subasta. —Cualquiera que conozca a Nolan Finch sabe que es absolutamente leal a dos cosas en la vida: a su hermana, Poppy, y a

ser bombero. Por lo visto, ir sin calzoncillos y negarse a ponerse los de otro hombre están también entre sus prioridades.

—Eso es ridículo. Me pondré lo que me dé la gana.

Que, al parecer, es muy poco. Lleva puestos el pantalón, los tirantes y las botas, y nada más. Estoy bastante segura de que ha dedicado todo su tiempo al pelo. Parece uno de esos tíos con el pelo despeinado, pero en realidad seguro que es de los que se colocan cada mechón a la perfección. Venga ya.

No me malinterpretes, está bueno de narices, pero, um..., pues eso. No me interesa. Y con eso quiero decir que no soy el tipo de chica de Nolan. He visto a las mujeres con las que sale, con... bueno, mucho pecho. Y mucho... por detrás.

—¿Por qué estás sonrojada? —me pregunta Nolan, sacándome de mis divagaciones.

—No es nada.

—Vale. Déjame salir. Están a punto de empezar a pujar. Es por una buena causa. —Me dedica una sonrisa torcida de esas que vuelven locas a todas las chicas. No se me escapa que yo también me derrito un poco con esa sonrisita.

—No. —Me mantengo firme. Y sigo sujetando los bóxers—. Te tienes que poner esto. —Se los tiendo bruscamente.

—Por principios, no puedo ponerme eso. Mi conciencia no me lo permite. —Se cruza de brazos sobre su ancho y musculoso pecho.

—¿Por qué no? Están limpios. ¿Ves? —Y entonces..., oh, Dios santo, ¿pero qué demonios estoy haciendo? Me los llevo a la nariz y...

—¿Acabas de oler los calzoncillos de otro hombre?

—¡Agh! —le gruño—. A esto me has reducido, Nolan. Soy una chica muy tranquila y dulce. No me enfado así. Pero estoy aquí para ayudar con la organización entre bastidores de esta subasta.

—¿Entre bastidores? Pues vaya bastidores tienes…

—Nolan. —Con una mano firmemente plantada en la cadera, lo miro fijamente a sus ojos castaños oscuros y le digo—: Ponte esto o... o llamaré a tu madre.

—Oh, Dios mío, Jessa. Se supone que tú eres la buena. Llevo meses sin hablar con Rita. Lo último que necesito es que me dé la

tabarra por algo así. Soy un hombre hecho y derecho. No necesito estas gilipolleces. Joder.

Es la amenaza más tonta que se me ocurre, pero es lo más bajo que estoy dispuesta a caer. Sé que Nolan está básicamente distanciado de sus padres, así que ha sido un golpe un poco bajo. La verdad es que no pensaba que fuera a ceder.

Extendiendo la mano izquierda, exige:

—Dame los putos bóxers.

Me arden las orejas al oír el taco, pero si eso me ha parecido fuerte, mis ojos prácticamente se derriten en sus cuencas cuando se baja los pantalones justo delante de mí y mete sus enormes pies, sus tonificados gemelos y sus gruesos y gigantescos muslos por los bóxers.

Mientras refunfuña todo el tiempo, murmura sobre cómo no sabe dónde he encontrado los —palabrota insertada aquí— bóxers.

Finalmente, con los puños apretados a los costados, me espeta:

—¿Estás contenta ahora?

Y no por primera vez en mi vida, y ciertamente no por última, me quedo sin palabras.

Literalmente. Pa-la-bras. Ni siquiera estoy segura de cómo se deletrea esa.

Ostras, Pedrín.

Nunca antes había visto a un hombre desnudo. Sin nada con lo que compararlo, estoy asombrada por la anatomía masculina, y mi correspondiente cuerpo femenino está en llamas. Cada centímetro que conozco y cada centímetro que me queda por explorar en mis veintiséis años. Me refiero a todas las partes. Incluidas esas partes que mi madre mencionó de pasada cuando me dio la charla sobre sexo de tres segundos cuando tenía nueve años.

Así que, um... pues eso... es culpa mía estar aquí. Me ofrecí como voluntaria por mi propia voluntad. Pero si mi voluntad hubiera sabido que esto iba a pasar...

—¿Jessa? —gruñe, todavía claramente molesto conmigo.

La forma masculina, viva, que respira y emana calor, se está acercando a mí. Me brotan gotas de sudor por todo el cuerpo. El

sudor me resbala por el canalillo. Puede que tenga la espalda empapada.

Casi como si se hubiera olvidado no solo de que lleva puestos los bóxers limpios de otro hombre, sino también de que esos bóxers son un faro de todo lo que ha jurado no ser, pregunta:

—¿Jessa? —Su tono es un poco más suave, lo que en realidad es mucho, mucho, mucho peor para mí.

Este es Nolan. Es un mujeriego. Todo el mundo sabe que no le interesan las relaciones a largo plazo, la familia, la esposa, los hijos. En otras palabras, todas mis esperanzas y sueños.

Aléjate. Soy la chica buena. Algo que todo el mundo también sabe. Todos me adoran a mí y a mi tienda de jardinería, Bloom and Blossom. No necesito ningún problema en mi vida. Aléjate, bien lejos.

Su mano me roza la parte superior del brazo. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Como si fuera una maldita cerilla y él acabara de encenderme.

Nolan.

—¿Vas a vomitar? —pregunta.

—¿Q-qué? ¿Por qué preguntas eso? No. Estoy bien.

—Tu cara... se ha arrugado un poco. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

—¿En serio? No pareces estar bien.

—Estoy bien —vuelvo a gruñir.

—Para ser tan dulce, gruñes un montón. ¿Te pasa... a menudo?

—¡Arrrgh!

Aparta la mano de un tirón. Debería estar agradecida.

Se pone los pantalones con un movimiento ágil.

—Respuesta recibida. —Se engancha los pulgares en el pantalón y creo que me muerdo el labio inferior al mirarlo—. Voy a salir. ¿Vas a pujar?

—Ni de coña.

Él solo se ríe entre dientes mientras se aleja para subir a la pasarela.

Ahí está él. A punto de llevarse toda la atención, de que alguna mujer entusiasta puje por él (posiblemente la puja más alta) y de

tener una cita con ella.

Mientras que yo... estoy sentada entre bastidores buscando una bolsa en la que meter los calzoncillos sucios de Nolan para devolvérselos a su dueño. Ha dicho que los quiere de vuelta. Por lo visto, está orgulloso de ellos.

Chapter 2

Capítulo 2

Nolan

—¡Quítatelo! —gritan varias voces justo cuando se me caen los pantalones hasta los tobillos. Puedo decir con toda sinceridad que, de todas las veces que he tenido la intención de desnudarme, esta no es una de ellas.

Pero esbozo una sonrisa y hago unos amplios movimientos circulares con las caderas. Total, es por una buena causa. Y, seamos sinceros, haría lo mismo aunque no lo fuera.

Sin embargo, debo de haber estado más distraído de lo que pensaba por la extraña reacción de Jessa a mis calzoncillos para tener un fallo de vestuario como este. ¿Cómo he podido olvidarme de hacer algo que para un bombero es un acto reflejo?

Da igual. Las damas están contentas. Y las pujas suben. Eso es lo único que me importa. Me encantaría conseguir la puja más alta para dejar en evidencia a los engreídos jugadores de hockey de los Calgary Courage. Todo es en plan de broma, pero aun así me gustaría patearles el lamentable culo a Rhett y a sus colegas.

Muchos de ellos son de Lit Creek de todas formas, así que todos nos lo tomaríamos a risa. Siempre y cuando gane yo. ¿He mencionado ya que quiero ganar aunque el único premio sea el derecho a fanfarronear? Es todo lo que necesito.

Soy el último en salir (no estoy seguro de cómo he conseguido ese puesto), así que hay muchas posibilidades de que consiga una puja alta. Los vítores son atronadores mientras animo al público. No me importan las luces brillantes ni los flashes de las cámaras. Y estoy más que encantado de ofrecer mi cuerpo como fantasía para las damas aquí presentes. De hecho, si alguna de las más valientes me hace una señal, probablemente intentaré hacer realidad algunas de esas fantasías.

La puja va viento en popa y, aunque no puedo ver quién puja qué exactamente, conozco a la mayoría de la gente de aquí.

Mierda. ¿Acabo de oír un millón? Es una locura. ¿Quién tiene tanto dinero para donar? Quizá no conozco a todo el mundo tan bien como pensaba. Repaso a la multitud con la mirada para ver quién ha podido ser, pero no distingo bien las caras. Mi pequeño pueblo natal, Lit Creek, ha hecho un trabajo increíble organizando este evento para recaudar fondos para la academia de hockey que Rhett quiere montar. Y si hay alguien que puede hacerlo, ese es él, que tiene los contactos para conseguirlo.

Otro flash de una de las cámaras me ciega y entonces oigo el golpe del mazo. Hora de recoger mi premio.

Una vez que bajo del escenario, me dan una copa de champán y empiezo a socializar. Hasta que veo a Jessa salir de entre bastidores, no me había dado cuenta de que sigo medio desnudo. Ni siquiera se me ha ocurrido ponerme una camisa. Pero, por alguna razón, es su mirada la que me hace ser consciente de ello.

Olvídalo. Lleva lanzándome miradas raras desde el incidente de los calzoncillos.

—Buen espectáculo, Nolan —me felicita Graham, un compañero bombero. Todo el equipo está aquí, pero la mayoría anda por ahí entre la multitud, con los brazos alrededor de sus parejas. Hunter y Sierra, Finn y Kenzie, y Eli y Summer. Me alegro por ellos porque sé que es lo que quieren. Pero, desde luego, no tengo envidia de lo que

tienen porque, francamente, nunca lo he querido. A Graham, sin embargo, lo veo lanzar miradas anhelantes a las parejitas. Pobre capullo. Si se lanzara de una vez, estaría ahí mismo con ellos.

—Aunque no me esperaba el estriptis —dice Ryder con el brazo alrededor de Poppy. Mi hermana. Hago un gran esfuerzo por no fruncirle el ceño al tío, pero no supero que mi hermana haya elegido a un ligón aún más grande que yo para enamorarse.

—Bueno, es que algunos tenemos estilo —respondo.

—Curiosa elección de calzoncillos. Teniendo todo en cuenta. No me imagino que te los regalaran —dice Maddox, otro jugador de los Courage.

—Solo un regalo de broma —digo, con la esperanza de cambiar de tema. Seguro que hay temas más interesantes que los calzoncillos de un hombre.

—Eso tiene sentido —dice Colton—. La verdad es que no te imagino cambiando pañales. A no ser que te imagine con gafas de bucear. O con un traje de protección. Sí. Ya lo veo. Ah, y llevas unas pinzas.

—Ja, ja. Qué gracioso… —Todos saben que no quiero ni matrimonio ni hijos. Sé que lo saben. Entonces, ¿por qué me irrita que me estén chinchando con eso?

Brooks me rodea el hombro con un brazo y me da una palmadita en el pecho con la otra mano. —Este tío no pierde horas de sueño a no ser que tenga una cazajugadores…, un momento, ¿cuál es el equivalente de cazajugadores para los bomberos? ¿Cazamangueras? ¿Cazaplacas?

—Claro… —voy a interrumpir, pero interviene Hudson. Estoy bastante seguro de que es uno de los chicos buenos del equipo. Al menos, lo era cuando crecimos en Lit Creek.

—A mí lo que más me preocuparía son las tomas nocturnas. Estoy seguro de que este se quedaría dormido olvidando que tiene un bebé en brazos.

Pero, por lo visto, ahora el tío también tiene sus gracietas. ¿Qué ha sido del estereotipo de los canadienses educados? Aquí no veo ni uno.

Y entonces interviene una vocecita dulce, fogosa, pero aun así dulce. —Solo porque no quiera tener hijos no significa que no sería un gran padre. —Es Jessa. Y me he quedado un poco de piedra.

¿Yo? ¿Un gran padre? Las palabras casi me hacen dar un traspié. Especialmente viniendo de ella. Entonces acepto la verdad de que es demasiado dulce para darse cuenta de su ignorancia. Sería un padre terrible. Pero… mi corazón siente una punzada de dolor al pensar que ella —que alguien, quien sea— pueda pensar lo contrario.

—No es idiota, ¿sabéis? —Tiene las manos en las caderas.

—Tienes razón, Jessa. —Hudson es el primero en mostrar un poco de remordimiento. No mucho. Pero lo suficiente como para que las alarmas empiecen a sonar en la brisa que es mi mente. A su lado, Beckett tiene la decencia de parecer un poco avergonzado.

—Eh… —me río con torpeza. Esta conversación se dirige a un terreno que necesito evitar desesperadamente—. De todas formas, ya no viene a cuento. Acabo de hacerme la vasectomía.

—Ahí lo tienes. —Hudson me da una palmada en el hombro que Brooks acaba de dejar libre.

—Le ha hecho un favor al planeta —añade Colton.

—¿Que no habrá pequeños Nolan correteando por ahí? No sé si lamentarme por las risas futuras que me perderé o sentirme aliviado por la relativa seguridad de la raza humana.

—Eso es demasiado profundo, Maddox. Yo solo constato mi falta de sorpresa. No me puedo creer que haya esperado tanto tiempo —dice Colton.

Yo tampoco. Siempre tuve planeado hacerme la vasectomía, pero tardé un poco porque cada vez que pensaba en alguien metiendo tijera en mis partes nobles me mareaba un poco.

—Me piro. No necesito los detalles sobre eso. Voy a buscar a Avery —dice Jessa.

—¿Avery? —A Graham se le aguzan las orejas como a un perro cuando oye la palabra *paseo*—. Creo que la he visto pidiendo algo de beber. Te ayudo a encontrarla.

Claro que sí, colega.

Y entonces se marcha sin mirarme. Siento una especie de punzada por el hecho de que no me dedique ni una mirada de despedida.

Así que me quedo aquí, rodeado de los Courage y sus estúpidas sonrisitas. ¿Y a mí qué me importa? Al fin y al cabo, no son más que un puñado de deportistas idiotas.

Pero Maddox es el que tiene la sonrisa más estúpida de todas. —¿Con que Jessa ha venido a defenderte? ¿Qué has hecho para merecer eso?

Nada.

Esa es la cuestión. No he hecho nada para merecerlo y no tengo ni idea de dónde ha salido. Y lo que es peor, no entiendo cómo me siento al respecto.

Chapter 3

Capítulo 3

Jessa

—¡Nolan! —No sé quién está más sorprendido de verlo en la puerta de mi casa esta noche, si él o yo—. ¿Qué haces aquí? —Me aliso el vestido sobre las costillas, sintiéndome de repente acalorada e inadecuadamente vestida. O demasiado arreglada. O, en realidad, simplemente no vestida como me gustaría que Nolan me viera.

—¿Te has puesto eso por mí? —Su voz melosa se desliza por mi piel. Estoy bastante segura de que una gota acaba de escurrirse por mi escote, que es demasiado pronunciado.

—N-no. ¿Qué haces aquí?

—¿A quién buscas, Jessa? Estoy justo aquí. ¿Empezamos la cita? —Su voz lleva esa entonación que parece decir: «Venga ya, sabes de lo que hablo». Pero no tengo ni idea. Cero. Nada. Ni pizca. Aunque ojalá la tuviera mientras le miro la mano que me ha tendido, porque es sexi. ¿Muy sexi? Bueno, te lo digo en una palabra: varonil. Vale.

Olvídalo, tengo más palabras. De hombre trabajador. Pero no sucia. Con callos. Pero de dedos suaves y gruesos.

Tengo debilidad por las manos y, mmm, las suyas son preciosas.

—Espera, ¿de verdad no sabías que íbamos a salir? —Retira la mano y se la pasa por el pelo.

Niego con la cabeza. —¿Por qué íbamos a salir, exactamente? —No puedo decir que me decepcione la idea, dado el morbo que desprende. Lleva la camisa desabrochada dos botones más de lo que llevaría un mojigato y justo lo necesario para estar abierta. Pantalones de vestir. Cinturón. Zapatos lustrados. El hombre, desde luego, tiene toda la intención de tener una cita.

—¿No te han llamado Alva y Reba?

—Ah, sí que me han llamado. Reba me ha dicho que me arreglara porque querían, y cito textualmente, «pasar una noche persiguiendo su juventud» conmigo y con Avery. Me dijeron que me vistiera… sexi —murmullo esa última palabra sin saber siquiera por qué la estoy diciendo.

—¿Has hablado con Avery?

—No… ¿Espera? —Y algo hace clic en mi cabeza—. ¿Crees que Reba y Alva nos han tendido una trampa? ¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué? —Me siento un poco más que frenética, pero un poco menos que en pleno caos.

—Pujaron por mí en la subasta. Planeamos toda esta velada y en el último segundo me dejaron tirado, diciendo que ambas estaban enfermas. Me dijeron que habían hablado contigo para que fueras a la cita en su lugar.

—¿Qué? —chillo—. Eso es entrometerse a otro nivel.

—Y que lo digas. Pagaron un millón de dólares por esta cita conmigo.

—Qué…

Ni siquiera puedo terminar la palabra. Un millón de dólares. ¿Con seis ceros? Como los ingresos de varios años de mi tienda de jardinería.

—Sí. Ni siquiera sabía que esas viejas estaban forradas. Pero… —se encoge de hombros—, supongo que saben cómo ahorrar. Y

cuándo gastar. —Me guiña un ojo—. Así que vamos a divertirnos por valor de un millón de dólares.

—¿No podemos tener esta cita?

—¿Por qué no?

Y… bueno… la verdad es que no tengo ninguna buena razón.

—No te preocupes. Tendremos la cita fuera de Lit Creek. Nadie tiene por qué saber que has venido.

—Ehm… no es por eso…

—Vamos. —Y esta vez, cuando le veo la mano con la palma hacia arriba, tendida hacia mí, y veo esa adorable media sonrisa dibujada en sus labios, pongo mi mano en la suya. Quizá sea una tontería resistirse a su encanto. Quizá sea más tonto aún ceder.

De cualquier manera, supongo que esta noche voy a tener una cita de un millón de dólares.

Y de repente, sin saber cómo, estamos sentados en un sitio monísimo de uno de los pueblos pequeños cerca de Lit Creek, pero no lo bastante como para que mucha gente nos reconozca.

La carta me oculta la cara cuando veo un dedo que la baja lentamente por el borde superior para poder verme los ojos.

—Entonces, ¿de verdad no te habrías puesto eso por mí?

—Nunca me pondría esto en una cita.

—¿Por qué? Es sexi.

Se me revuelve el estómago mientras toso, o más bien me atraganto con mi propia saliva. ¿Acaba Nolan de insinuar que estoy sexi? Imposible.

—¿Qué te pondrías?

—Algo discreto.

Se burla. —¿Por qué?

—Quiero que a un hombre le guste por mi interior, no que se distraiga con mi físico.

—O sea que estás buscando un unicornio.

Es completamente infantil, pero le saco la lengua. Cosa que nunca haría en una cita de verdad. Pero esto no es una cita de verdad. Él simplemente se ríe.

—Hay hombres por ahí que quieren algo más allá de lo superficial.

—Claro.

—¿Eso es todo? ¿No vas a discutir?

—¿Qué quieres que te diga? ¿La verdad? No estoy seguro de que quieras oírla. —Hace como yo y levanta la carta delante de su cara. Esta vez soy yo la que le baja la carta de un golpecito y me encuentro con una sonrisa ladeada.

—¿Sí? ¿Ya sabes lo que vas a pedir?

—Sí. La pasta alfredo. Pero, ehm… no va de eso. Puedes decirme la verdad.

Mirándome a la cara, espera un instante y luego dice: —No. No lo creo.

—Dímela.

Él simplemente se queda ahí, mirándome por encima de la carta durante más tiempo del necesario.

—Vale. Los hombres quieren follar. Quieren un buen polvo con una tía buena.

Me arden las orejas por las palabras que ha usado. Se me queman los ojos porque recuerdo vívidamente su... pene. (Diosmíosíacabodedecireso). Y, para mi total asombro, la entrepierna también me arde.

¡Huy!

—¿Ves? —Golpea suavemente la mesa con la carta—. No debería haber dicho nada.

—N-no. No pasa nada. Es la verdad. Tu verdad. Estoy bien.

—¿Qué vais a tomar? —Ni un segundo demasiado pronto, la camarera interrumpe este momento tan incómodo.

—No me acuerdo —mascullo como una idiota. En gran parte estoy distraída por la explicación de Nolan sobre la mente masculina, pero también me ha descolocado la camarera que tenemos delante. Tiene unos pechos muy grandes que exhibe con toda naturalidad. Labios carnosos. Pelo con ondas playeras de aspecto natural y desenfadado, pero que probablemente le ha costado una hora conseguir. Vaya. Es el pivonazo..., digo, la mujer de la que hablaba Nolan. No se parece en nada a mí.

Pero Nolan me mira fijamente mientras le responde a la camarera. —Ella tomará los Alfredo con pollo a la plancha. Yo tomaré el filete. Poco hecho.

Y justo antes de que la camarera se dé la vuelta para marcharse, él alarga la mano y me tira de los dedos.

—No debería haber dicho eso.

—No pasa nada.

—No es verdad.

Nuestras miradas se encuentran y él se acerca a mí en el reservado. —Parecías un cervatillo deslumbrado por los faros cuando lo he dicho. Tanto que debería llamarte Bambi.

—Emm... supongo que me he quedado un poco sorprendida.

—¿Un poco? Creía que ibas a dejarme plantado ahí mismo.

—Nunca haría eso —qué extraño. Es casi como si Nolan estuviera mostrando un lado vulnerable.

Se me queda mirando mientras el aire entre nosotros cambia. No estoy segura de cómo está cambiando exactamente, pero algo se ha transformado.

—Vaya. Muy bien, entonces, ¿dime lo peor que has hecho en tu vida?

—¿Lo peor? ¿Por qué preguntas eso?

Se encoge de hombros y luego me roza la mejilla, colocándome un mechón de pelo suelto detrás de la oreja. Es un gesto tierno. Otra cosa que no esperaría de él. Y, mierda..., creo que se me acaban de endurecer los pezones. Tengo que recordármelo a mí misma. Por muchas novelas románticas que haya leído, Nolan no es mi príncipe azul. Ni mi caballero de brillante armadura. No es el duque rico y honorable. Es el libertino. Si mi mejor amiga, Avery, estuviera aquí, estaría con las cejas arqueadas y el ceño fruncido ante toda esta situación.

—SÍgueme el rollo —me apremia.

—Bueno... una vez Avery y yo nos quedamos despiertas viendo películas hasta mucho después de medianoche. Incluso después de que mi madre nos dijera que nos fuéramos a la cama. Y era para mayores de catorce años.

—Así que lo que me estás diciendo es que eras una niña salvaje.

—Mucho —digo con una risa.

—¿Y solo en tu madurez has domado tus impulsos temerarios?

—Exacto. Es como si ya me conocieras muy bien.

—Y en tu gran sabiduría, has aprendido algunas verdades profundas sobre... —de una manera exagerada, sus ojos se mueven de un lado a otro y luego se inclina—... ¿el sexo?

—No estoy segura de saber mucho sobre eso.

—Es solo sexo.

—Nunca es solo sexo.

—Siempre es solo sexo, Bambi. —Sus ojos me atraviesan el alma mientras pronuncia las palabras, pero es lo más extraño, porque no creo que ninguno de los dos nos creamos lo último que acaba de decir.

Chapter 4

Capítulo 4

Nolan

—¿Así que me estás diciendo que tenías planeada esta misma cita para Reba y Alva? —Jessa ladea un poco la cabeza y frunce los labios con duda.

—La cena, vale, eso lo he cambiado. Seguramente las habría llevado a algún sitio del pueblo. Pero no quería manchar tu reputación.

—¿Por qué crees que...?

—Así que no esta cita exacta. —Señalo las vistas de la montaña a oscuras y el lago resplandeciente que tenemos delante—. Pero a este sitio, vamos, sin duda las habría traído aquí. Este es el lugar. El mejor picadero en kilómetros a la redonda. Confía en mí. Lo sé de buena tinta.

—¿Y por qué las habrías traído aquí? ¿Seguro que quiero saberlo?

—Sí, quieres saberlo. Cuando me dijeron que habían ganado la cita conmigo, comentaron que querían una que les mostrara todos mis talentos. Así que..., por supuesto que las habría traído aquí.

Luego nos habríamos liado y puede que incluso... ¡Dios mío, Jessa, tenías que ver tu cara! ¡Estoy de broma!

Sus hombros se sacuden visiblemente entre risas mientras se tapa la cara con las manos.

—¡Eres ridículo! —dice entre carcajadas.

Cuando las risas cesan, tiene las mejillas sonrojadas y los ojos le brillan.

—Eres demasiado dulce para mí, Jessa —las palabras me salen sin más.

—¿Qué?

Me apresuro a cubrir ese extraño momento de vulnerabilidad. —Solo digo que eres una chica muy dulce. Pensar que me fo..., o sea, que me acostaría con dos vejestorios solo porque donaron un millón de dólares a la caridad por mi culpa.

—No sé —se ríe en su defensa—. Antes has dicho que solo era sexo, así que no estaba segura.

—A ver, una cosa es el sexo y otra liarse. Conociendo a Reba y Alva, seguramente han tenido sexo en un coche y estoy cien por cien seguro de que se han liado en uno. Así que no es como si necesitaran esas lecciones de mi parte.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que han hecho esas cosas?

—Todo el mundo se ha liado en un coche.

Aunque está a casi un metro de distancia en el asiento corrido delantero que tengo, puedo sentir cómo se tensa su cuerpo.

—¿Bambi? —bromeo—. Puedes admitirlo. No es que se lo vaya a contar a nadie.

—No hay nada que admitir.

El lago Bliss y las montañas, Velvet Peak y Crimson Ridge, ya estaban en silencio antes, pero ahora se ha instalado un nuevo nivel de quietud en el vehículo. Le doy tiempo para que respire.

—Espera, ¿estás diciendo que nunca te has liado en un coche?

Cuando niega con la cabeza, sus ojos grises me miran intensamente bajo sus largas pestañas.

Joder. Llevo toda la noche luchando conmigo mismo por esta mujer, y no sé por qué. Pero ahora mismo, aunque sé que no debería jugar con ella para nada, de verdad que quiero hacer esto

con ella. No debería. Hay un fuego en ella que no me había dado cuenta de que existía. Lo descubrí en la subasta. Al dirigir su propia tienda, sé que es ambiciosa y decidida. Así que no solo es apasionada e inteligente, sino que también es sexy de cojones. Sin embargo, la peor parte de la mezcla es que, con diferencia, es la mujer más dulce que he conocido. No la merezco. Pero... es solo un beso.

Así que... a la mierda.

—Jessa —digo mientras me inclino hacia ella y coloco sus piernas sobre las mías. Siento cómo se estremece cuando pongo mi mano cálida entre sus muslos. Justo por encima de la rodilla. Apenas es un gesto sexual, pero el aire entre nosotros es tan denso que no puedo respirar. Necesito tomarme un segundo antes de poder encontrar mi voz.

—Déjame darte esto primero, Jessa —le susurro al oído y deslizo lentamente mi mano por su nuca—. Si lo quieres. Es todo tuyo.

Me roza la mandíbula con la piel más suave que he sentido en mi vida. Es su mejilla. Es jodidamente suave. Por todas partes.

—¿Quieres besarme? ¿Aquí?

—Sí. —Sabiendo lo manchada que está mi reputación en comparación con su imagen de blanca paloma, intento leerle la mente. Así que le digo—: Nadie tiene por qué saberlo si no quieres contárselo a nadie. Te prometo que ni siquiera se lo diré a tu madre. —Le devuelvo en broma su amenaza de la otra noche.

—No me preocupa...

—Esto puede ser lo que tú quieras que sea —añado.

—¿Sí? —pregunta, más tímida de lo que esperaba.

—Lo que tú quieras, Bambi.

—¿Y si digo que pares?

—Pararé. Si no es lo que tú quieres, no es lo que yo quiero.

—Vale. —Explora el coche con la mirada como si fuéramos a ir a alguna parte—. ¿Cómo debo sentarme? —Puedo ver el destello de entusiasmo en su cara y oírlo en su pregunta.

Me río entre dientes. —Como quieras. ¿Quieres sentarte ahí? ¿Quieres sentarte aquí? —Señalo mi regazo.

—Vale. Me... mmm... sentaré ahí. —Señala mis muslos mientras empieza a levantar una de sus rodillas.

—Cuidado —digo rápidamente cuando su rodilla me roza la polla.

—¡Huy, qué despiste!

—¿Acabas de decir «huy, qué despiste» después de casi darme en mis partes?

—Lo siento. Es mi primera vez.

—No te preocupes. —Mis palabras suenan ásperas porque en este momento está sentada a horcajadas sobre mí, y su pelo cae como una cortina a nuestro alrededor mientras se cierne justo encima de mí, sin haberse acomodado del todo en mi regazo.

Le ahueco la mandíbula con ambas manos hasta que me mira a los ojos—. Eres tan guapa.

He dicho esas palabras antes, pero significan algo diferente en este momento. Solo que todavía no sé el qué.

—Gracias —susurra. Su suave voz es como una brisa fresca sobre mi piel. Sobre mi alma.

Acerco mis labios a los suyos y espero. Por alguna razón, necesito que sea ella la que dé el paso que una nuestros labios.

Y cuando lo hace, mi cuerpo se sobrecarga de inmediato.

No es más que un roce de sus labios, pero ha sido como si me golpeara una manguera de incendios a toda presión, lanzando cientos de litros de agua por minuto.

No lo entiendo. Pero quiero más.

Y no me puedo creer que acabe de gemir por el más insignificante de los besos.

Y entonces se desata el infierno, porque se deja caer sobre mi polla hinchada.

Joder.

Mierda.

Es solo una mujer. Sentada sobre mí. Totalmente vestida. Apenas me ha rozado los labios.

Y estoy más duro de lo que he estado en toda mi vida.

Rectifico. Acaba de soltar un pequeño gemido. Ahora sí que estoy más duro que nunca.

Apoyo mi frente en la suya, necesitando ya recuperar el aliento. Cuando bajo la mirada, veo la tela de su vestido rojo arremolinada en torno a sus muslos desnudos. Deslizo las palmas de las manos por sus muslos y su cuerpo se estremece.

Es jodidamente receptiva a mi tacto. Nunca me había pasado esto.

—Jessa —pero mi susurro muere en su siguiente beso.

Su boca suave sabe a sandía, y le lamo el labio inferior. Es ligeramente más carnoso que el superior, así que le doy un suave mordisco.

Cuando se contonea sobre mi polla, siento el calor que emana de ella.

Le hundo una mano en el pelo e inclino su cabeza, dándole el siguiente beso en ángulo. Joder, es pura lengua. Esta mujer es mi kriptonita.

Estoy perdido.

Y entonces todo se convierte en un torbellino de manos que se agarran unas a otras. Ella me levanta la camiseta mientras mis manos suben por su vestido y la agarran por la cintura, moviéndola para que se balancee sobre el bulto cada vez más grueso de mis vaqueros.

Cuando gime mi nombre, yo le devuelvo el suyo. Nombre por nombre estamos teniendo una conversación en toda regla. Puede que nunca se haya enrollado en un coche, pero me está devorando a besos.

Sus pechos suben y bajan agitadamente frente a mi cara cuando se aparta un segundo. Con los párpados pesados y los labios entreabiertos, mira hacia abajo, a lo que hay entre nosotros.

—Quiero más. —Sus ojos se encuentran con los míos por un instante—. Quiero esto. —No hay duda de lo que quiere mientras se restriega contra mi polla.

—Es todo tuyo, Bambi. —Ya estoy metiendo la mano entre nosotros, bajándome la cremallera de los vaqueros.

Jadea cuando mi polla sale disparada. Pero verla morderse el labio inferior es jodidamente sexi.

—¿Vas a pelo? —pregunta con voz ronca.

—Siempre.

—¿Excepto?

—Sí. Excepto esa vez. —Ambos sabemos que estamos hablando de aquella noche—. Eh... estoy limpio. Y ya has oído que me hice la vasectomía, pero tengo un condón...

—No. No quiero.

Joder.

—Déjame quitártelas —digo mientras mis dedos juegan con sus bragas. Noto que no son el tipo de ropa interior sexi que una mujer se pondría para una cita en la que espera follar. Y joder, si eso no me pone aún más. El algodón es suave al tacto y le cubre todo el culo. Y por alguna razón, eso la hace aún más sexi. Sin darle opción, pero dejando que me vea, me guardo sus bragas en el bolsillo.

—Siéntate sobre mí, Bambi. —Le levanto las caderas y coloco su clítoris hacia la punta de mi polla. La deslizo arriba y abajo por su coño un par de veces mientras sus manos se aferran a mis hombros.

Sus gemidos de «Oh, Dios mío» me recorren la espalda como una descarga.

Cuando me detengo en su entrada, dejo que ella tome el control.

Y, joder, no sé si ha sido mi mejor o mi peor idea.

En el segundo en que mi punta la penetra, se rompe. Un gemido profundo y gutural. Espasmos por todo el cuerpo. Palpitando alrededor de mi glande. Esto es lo más jodidamente sexi que he visto en mi vida. Acaba de correrse con la punta de mi polla. Puedo ver sus jugos deslizándose por mi miembro.

Y quiere mucho más.

—Mira qué bien me la chupas, Bambi. —Siento como si estuviera a cámara lenta, notando cada milímetro de respuesta de su cuerpo.

Sus ojos bajan para observar dónde estamos unidos.

Mientras se desliza por mi miembro, es el descenso más lento humanamente posible. Y cada puto segundo me está matando. Mi cabeza está echada hacia atrás sobre los cojines. Mis dedos se clavan en sus caderas hasta el punto de que probablemente le deje una pequeña marca. Y, joder, si mi polla no está disfrutando de cada puto segundo de esto.

Nunca me había sentido así. Que cada centímetro que me da es una promesa. Joder. ¿Una promesa? Se supone que esto es solo

sexo. ¿Quién soy yo? Pero no me importa. Tenerla enroscada en mi polla es la mejor sensación del mundo.

Rectifico. Llenarla hasta el fondo y que se balancee de un lado a otro sobre mí es la mejor puta sensación del mundo.

—Nolan —gime.

Ni siquiera puedo responderle, estoy demasiado ido.

Cuando se aprieta por dentro, sé que va a correrse de nuevo. Pero esta vez se está conteniendo.

—Jessa, déjame darte otro.

Ante esa pequeña incitación, se deja llevar y siento cómo se aprieta a mi alrededor. Luego murmura mi nombre mientras me da besos suaves y húmedos en el cuello.

—¿Quieres más, Bambi? —Podría darle orgasmos a esta mujer toda la noche. Verla entregarse al placer me pone muchísimo. Es como si lo diera todo.

Perezosamente, asiente contra mi cuello. Está agotada, pero aun así quiere más.

—Tienes un coñito muy avaricioso, Bambi.

Mi polla se endurece al oír sus gemidos, y me encanta que se excite cuando le hablo sucio.

—Enséñame las tetas.

Gime mientras se arquea, acercando el pecho hacia mí. Meto la mano bajo la tela cruzada y le saco las tetas del sujetador.

—Joder, Jessa. Tus tetas son increíbles.

Su cuerpo se estremece contra el mío mientras le meto uno de los pezones en la boca. Ahora solloza contra mí.

—Así me gusta, mi niña buena. Uno más, Bambi. Te voy a dar uno más.

Y embisto dentro de ella mientras grita, aferrándose a mí como la última hoja de un árbol a finales de otoño.

El hormigueo en mi columna estalla con fuerza y gruño su nombre mientras me corro dentro de ella.

Ha sido el orgasmo más épico de toda mi vida.

Nuestros cuerpos se agitan al unísono mientras calmamos la respiración. Es perfecta en todos los sentidos. Su cuerpo responde a mi tacto, a mi voz, a cada uno de mis movimientos. Si no estuviera

comprometido con mi vida de soltero, ella sería el tipo de mujer con la que podría verme. El tipo de mujer. No la mujer.

Y estoy comprometido.

Con la vida de soltero.

Entonces me doy cuenta de que todavía la estoy abrazando, pegada a mi cuerpo. Casi como si estuviera… acurrucándome.

Estoy irreversiblemente jodido.

Chapter 5

Capítulo 5

Nolan

—Tío, ¿por qué tienes los ojos tan rojos? —Finn me sujeta la cara con las manos.

—Quítame las zarpas de encima, colega. —Parpadeo con fuerza, como si así fuera a desaparecer el enrojecimiento. Pero dudo que seis noches sin dormir se esfumen así como así.

—Ohhh… Son ojitos de enamorado, ¿a que sí? —arrulla como una maldita paloma mientras paso a su lado para coger un poco de agua de la cocina común del parque de bomberos.

—Espera. ¿Qué digo? Si es Nolan. —Finn se da una palmada en la frente como un gilipollas—. Son ojos de haber follado toda la noche.

—Ni se te ocurra, tío.

—Joder, qué fuerte. —Dando una palmada en la encimera mientras niega con la cabeza, murmura para sí—: No me lo puedo creer.

Y sé que soy un pringado. Pico totalmente con lo de murmurar para sí para que me pique la curiosidad, pero sí, lo hago. Pico. Y ahora tengo que saber de qué coño está hablando, pero no puedo

dejar que se dé cuenta. Así que me limito a contestar con un gruñido.

Cuando pronuncia las palabras más estúpidas que han salido jamás de su boca, me arrepiento de haber caído en su trampa.

—Has encontrado el coño mágico.

Con toda la intención que soy capaz de reunir, le lanzo una mirada fulminante, pero eso no lo detiene.

—Sí. Has encontrado el siempre escurridizo coño mágico, y ahora estás perdido.

Y cuanto más se refiere a mi chica como si solo fuera la portadora de un coño mágico, más se me nubla la vista de rojo. Más me pican las manos por partirle la cara a Finn. Y yo no soy de esos.

—Cómo han caído los valientes en el abismo del coño mági…

Una de mis manos ya está echándose para atrás justo cuando entra Graham.

—¡Eh! —Se interpone en la línea de fuego—. ¿Qué pasa, tíos?

—Nada —mascullo al mismo tiempo que habla Finn.

—A Nolan lo ha absorbido…

—Cállate la puta boca, tío. No hables así de mi chica.

Ambos pares de ojos, redondos como platos, se me quedan mirando. Una mirada es inexpresiva: la de Finn. La otra es sorprendentemente presuntuosa, aunque intenta disimularlo. ¿Acabo de decir *mi chica*?

—¿Pelea de enamorados? —pregunta Graham con demasiada despreocupación, dado el peso de las tres palabras que acabo de soltar al aire.

—No —respondo.

—Entonces, ¿por qué esos ojitos de enamorado desesperado? —hace un gesto raro con los dedos hacia mi cara.

—Eso es lo que yo decía: ojos rojos, coño mági…

—Te juro que como lo vuelvas a decir, Finn…

—Tranquilos, tíos. —Graham se toma un segundo para hablar con Finn, diciéndole que me deje asimilarlo o alguna otra trivialidad que no alcanzo a oír. Luego se vuelve hacia mí y me pasa el brazo por los hombros.

—Tómate el tiempo que necesites, tío.

—¿De qué estás hablando, Graham?

—A algunas personas les cuesta enamorarse…

—No estoy…

Me da unas palmaditas en el pecho como si de repente fuera un sabio omnisciente.

—Déjate llevar, tío. Confía en mí.

Y es entonces cuando me doy cuenta de quién me está dando consejos. El tío que supuestamente puede ver cuándo me estoy enamorando, pero no puede ver lo que él mismo tiene delante de las…

¡ÑIIIIII!

La alarma de incendios retumba en el edificio y todos salimos pitando hacia el camión; las conversaciones sobre el amor han quedado más que olvidadas.

Hasta que llegamos al lugar del aviso.

Es un pueblo pequeño. Ayudamos a mucha gente que conocemos, y luego tenemos que olvidarnos del tema y seguir adelante. Pero nunca me había afectado tanto un suceso como cuando llego y veo el coche de Amber volcado a un lado de la carretera.

Ha salido despedida del vehículo y yace inconsciente. Graham la está atendiendo. Corro hacia el coche y encuentro a uno de sus hijos; no recuerdo ni su nombre ni su edad. Pero está berreando. Llamando a su madre.

Lo desabrocho de la sillita y lo cojo en brazos, abrazándolo.

Graham me dice que Amber se va a poner bien, pero que debería quedarme con el niño porque ella tiene toda la cara cubierta de sangre.

Se va a poner bien. Está bien.

Me sorprendo diciéndole esas palabras en voz alta a su hijo pequeño mientras llora.

Joder, qué pulmones tiene el crío. Entonces le oigo decir una palabra nueva, algo sobre un oso. Recuerdo haber visto un peluche en el suelo del vehículo; sabiendo que ya han despejado la zona, vuelvo corriendo a por él y lo cojo.

El niño se aferra al osito y se frota la cara contra él, pero sigue llorando. En ese momento, recuerdo uno de los muchos cuentos que

le leía a Poppy de pequeña y empiezo a preguntarle al niño si conoce a una familia de osos. Niega con la cabeza, así que empiezo a contarle un cuento.

Para cuando termino, la ambulancia ha llegado y Amber está consciente, buscando a su hijo. En cuanto lo ve en mis brazos, se echa a llorar y cubre al niño de lágrimas y besos.

Me quedo ahí, de pie. Me está dando las gracias.

Pero tengo un nudo enorme en la garganta. Nunca he visto este tipo de amor desesperado. Mi madre apenas estaba en casa. Es decir, después de que muriera mi padre. Era como si no le quedara nada que dar. Ni una gota de amor en su interior. Siempre estaba trabajando. Dedicándose egoístamente a sus aficiones. Esquiar. Viajar. Daba igual. Solo que no estaba conmigo y con mi hermana pequeña, Poppy.

Yo era quien cuidaba de Poppy. Yo era quien le leía. Yo era quien la quería. ¿Pero quién me quería a mí como Amber quiere a su hijo?

Nadie.

Parpadeo con fuerza.

Graham está a mi lado.

—¿Estás bien, tío?

—Joder. Tengo que largarme de aquí.

Chapter 6

Capítulo 6

Nolan

En cuanto volvemos al parque de bomberos, el capitán me dice que me largue y ni siquiera me despido con la mano.

Me cuesta procesar la clase de crisis que acabo de presenciar. Pero lo más extraño es en la puerta de quién acabo llamando. Normalmente me quitaría esto de la cabeza pasando el rato con mi colega Hunter o con alguno de los otros bomberos. Ahora está con Sierra, y no es que no pueda llamarlo, es que simplemente no me apetece. La otra alternativa es llamar a alguna para echar un polvo. Pero tampoco me apetece. De hecho, solo de pensarlo se me revuelve el estómago.

Así que aquí estoy. Llamando a la puerta.

Cuando Jessa abre la puerta en pijama, me doy cuenta de que debe de ser tarde. Pero ve algo en mi cara y me hace entrar. Me lleva hasta el salón, me sienta y se acurruca en mi regazo.

No sabía que lo necesitaba.

Pero me limito a abrazarla. No sé cuánto tiempo pasa antes de que la suelte.

Se vuelve para mirarme y espera a que hable.

Pero soy incapaz de decir nada.

Y sé que no debería hacerlo, pero acerco su cara a la mía y la beso.

La beso como si ella tuviera todas las respuestas. Como si estuviera sujetando la manta calentita bajo la que quiero meterme. Como si pudiera hacer desaparecer mi dolor. Quizá todo mi dolor.

Me ahogo.

—Está bien, Nolan.

Tiene los dedos en mi pelo, las palmas de las manos acariciándome las mejillas. Me da besos en la mandíbula. Esta mujer con la que tuve una cita, con la que eché el mejor polvo de mi vida y a la que luego no volví a llamar. Durante los seis peores putos días de mi vida. Ahora me está consolando. Me trata como si mereciera sus cuidados. Y no los merezco.

—No pasa nada, cariño —me susurra al oído. Y estoy a punto de creerla.

Mis manos se aprietan en su cintura y vuelvo a abrazarla.

—Ven a la cama —dice, incorporándose. Sin decir palabra, la sigo a su habitación, donde me desnuda y nos acurrucamos en su cama.

Y en algún momento de la noche, probablemente cuando me despierto acariciándole la nuca con la nariz, me doy cuenta de que no voy a dejarla ir nunca.

Pero entonces me despierto de verdad.

Es temprano y estiro los brazos para alcanzarla, pero me encuentro la cama vacía. Me doy la vuelta, me aprieto los puños contra los ojos y sé que hoy voy a pedirle que sea mi chica. Aunque ya piense en ella como tal.

Cuando me incorporo para sentarme y apoyarme en el cabecero, veo a Jessa salir del baño.

—Eres preciosa —le digo en voz baja.

—Gracias —dice, limpiándose la boca.

—¿Estás bien? —De repente, me doy cuenta de que está un poco pálida. Y hay una ligera mueca en su rostro.

—¿Vas a vomitar?

—Yo..., eh..., no sé. Anoche estaba bien, pero esta mañana me he despertado sintiéndome un poco agotada. Lo siento. No me hagas caso.

—Nunca podría no hacerte caso...

Corriendo de vuelta al baño, la oigo vomitar. Entro corriendo detrás de ella, me arrodillo a su lado y le aparto el pelo.

—Ah, no hagas eso —dice, cogiendo papel higiénico para limpiarse la boca—. Doy asco. No me mires.

—Es solo un poco de vómito.

Con absoluta consternación, gime. —¿Podrías traerme un poco de ginger ale en su lugar?

—Claro, Bambi. —Abro uno de los cajones del baño buscando una pinza para el pelo y se la paso antes de hacer la salida que tanto desea.

Cuando llego a la cocina, me doy cuenta de que no hay refrescos en la casa, así que me monto en el coche y me dirijo a la pequeña tienda de comestibles de la esquina. Mientras cojo el refresco, me encuentro con Reba.

Es uno de esos encuentros casuales que cambian la trayectoria de tu vida. Tan sutil. Tan impactante.

Ella observa las dos botellas de ginger ale que sostengo. —Recuerdo haber bebido litros de eso durante mi embarazo —dice como si nada.

Es algo tan aleatorio. Es curioso cómo un recuerdo tan antiguo puede volver de repente a la mente de alguien justo...

—¿Qué ha dicho? —Me he sorprendido a mí mismo.

—Le decía que el ginger ale y las galletas saladas me sustentaron durante muchas semanas de mi embarazo.

Joder. No puede ser. Pero... podría ser.

Me disculpo, cojo un par de cosas más y vuelvo a casa de Jessa.

Cuando entro por la puerta principal, la oigo tener arcadas de nuevo, así que me acerco con cautela. Solo entro cuando hay silencio durante un minuto.

Tiene la cara pálida, el pelo recogido en un moño desordenado sobre la cabeza y gotas de sudor le perfilan la frente. —Vale, Bambi.

No te enfades, pero te he traído unas cuantas cosas.

—¿Por qué iba a enfadarme? —pregunta, mirando el ginger ale y las galletas saladas.

Con indecisión, saco la caja de la bolsa que sujeto como si me fuera la vida en ello. Mis emociones están hechas un lío. Estaba dispuesto a comprometerme con esta chica —de una forma u otra— y ahora podría estar esperando un hijo de otro hombre. Lo único que sé ahora mismo es que me necesita. Igual que yo la necesité anoche.

—Escúchame —digo, dejando la caja en la encimera.

—¿Qué...?

—Es solo por precaución.

—Bueno, pues es innecesario —niega con la cabeza, y no sé decir si está enfadada conmigo o con la situación.

—Creo que deberías hacerte la prueba.

—¿Por qué? No estoy embarazada.

—Podrías estarlo.

Se levanta, visiblemente enfadada.

—No. No podría. Es imposible.

—Nada es imposible...

—Dijiste que te habías hecho la vasectomía.

—Sí, pero no a todos los tíos...

—Da igual. No es de otro. ¿Qué digo? No hay ningún bebé. No necesito esa estúpida prueba. Quédatela —me fulmina con la mirada.

Así que, por supuesto, murmuro la mayor estupidez que se le puede ocurrir a un hombre: —Podría ser de otro.

—No lo es —espeta, y sale furiosa del baño.

—Podría serlo.

—Nolan. Te digo que eso es imposible.

—Nada es imposible —la observo mientras se desploma agotada en la cama.

—Te estoy diciendo que tu sugerencia de que sea el bebé de otro es una imposibilidad —dice frotándose la frente, y prosigue—: Como si estuviéramos hablando de una concepción milagrosa.

¿Pero qué coño?

Retrocedo un paso, tropezando. Es la segunda vez en muy poco tiempo que me quedo absolutamente de piedra. Mi cuerpo entra en modo de supervivencia. No te muevas. No respires. No pienses, porque no me puedo creer lo que me está diciendo. Sabía que era una chica buena, inocente, pura, con una reputación intachable. Pero... ¿esto?

En mi estupor, ha vuelto al baño y está abriendo la caja de un tirón mientras murmura algo sobre demostrarme no sé qué. Cuando termina y vuelve a salir al dormitorio, agita la varilla delante de mí y la deja en la mesilla de noche mientras se tumba de nuevo en la cama.

—¿Estás contento ahora? —pregunta.

No. Emm... en absoluto. Ni con esto ni con nada.

—¿Por qué no me dijiste que eras virgen?

Habla con el antebrazo tapándole los ojos. —No quería que lo supieras. No quería que me trataran como a la chica buena.

—Jessa, deberías habérmelo dicho. Se suponía que yo solo iba a ser tu pequeño y sucio secreto de una noche y nada más.

—No digas eso —deja caer el brazo sobre el colchón y sus ojos se encuentran con los míos.

—¿Qué? Es la verdad. Soy el pequeño y sucio secreto y no me importa. —No me puedo creer lo que me está diciendo por un montón de razones.

Hay una súplica en sus ojos mientras me mira. Vulnerabilidad. Pero también ferocidad. —Tú no eres sucio. Lo que hicimos no fue sucio. No le quites ni un ápice de mérito a esa noche. A mí. Fue precioso y siempre lo recordaré así.

Sin palabras, me quedo ahí, mirándola, mientras esperamos el minuto más largo de nuestras vidas. Suena la alarma de su móvil y me acerco sigilosamente a la varilla aunque sé que va a dar negativo. Tiene que dar negativo. Me hice la vasectomía. No hay otra opción. Me siento un poco estúpido por haber comprado la prueba y haberla animado a que se la hiciera.

Así que no la miro bien porque no lo necesito. Cuando la coge, su rostro se queda sin expresión. Murmura algo, o quizá solo mueve los

labios sin decir nada, porque juraría que no oigo nada. Sin embargo, parece decepcionada. ¿Qué? ¿Quería tener un bebé?

Ahora su cara está inundada de emociones. Tantas a la vez que no puedo distinguir cuál es la dominante.

Finalmente habla: —¿Qué, no quieres ver el resultado?

—No importa —digo, y al instante veo que interpreta mis palabras de una forma que no entiendo.

—Está bien. No tienes que tener nada más que ver conmigo. No tienes que formar parte de esto en absoluto. Pero esa noche fue preciosa y también lo es el bebé que está creciendo dentro de mí. Pero no te preocupes. No se lo diré a nadie. Criaré a mi bebé sola.

¿Bebé?

No...

Es imposible...

De ninguna manera...

Esto no puede ser real...

—¿Qué bebé?

Sostiene la varilla en alto. Lo leo. Lo entiendo. Pero no tiene ningún sentido. Y entonces, todo se vuelve negro.

Chapter 7

Capítulo 7

Nolan

Cuando vuelvo en mí, estoy tumbado en la cama de Jessa y ella duerme a mi lado. Debo de haberme desmayado, pero la verdad es que no lo recuerdo.

Lo que sí recuerdo es el caos abrumador que se batía en duelo en mi cerebro. Debe de ser el quinto asalto de un combate de campeonato. Hablamos de MMA. Dos tipos enormes lanzándose todo lo que tienen. En una esquina está mi pasado, recordándome todas las formas en las que he aprendido a sobrevivir a la negligencia. Las formas en que he aprendido a proteger mi corazón manteniendo a todo el mundo, excepto a mi hermana, a distancia. El tipo de esa esquina es el más pesado de los dos y tiene mayor alcance. Y sabe exactamente dónde dar los puñetazos para que duelan.

En la otra esquina está mi futuro. Ese tipo, por desgracia, es bastante más pequeño. Tanto que me pregunto cómo ha conseguido subirse al ring para este combate en particular. ¿Y cómo ha aguantado tanto? Joder, ese cabrón está luchando con uñas y

dientes. Se ha llevado unos cuantos golpes en la cabeza, pero no afloja.

Y luego estoy yo. Casi siento que soy el tipo invisible en medio de esta pelea, y soy el que más ha recibido porque me están dando puñetazos, patadas y placajes por todos lados. Un puñetazo más en los riñones y puede que necesite ayuda profesional.

Estaba listo para comprometerme con Jessa, pero por «comprometerme» me refiero a pedirle que fuera mi novia, tal vez. (Es la puta primera vez, por cierto). Y entonces ha pasado esto.

Mierda.

Por lo visto, tiene un bebé mío creciendo dentro de ella.

Esto es una putada. Solo hay unas pocas opciones en este tipo de escenario, y quien gane el combate de MMA decidirá qué camino tomo. Mi pasado o mi futuro.

Lentamente, me deslizo fuera de la cama. Tengo que salir de aquí. Me voy sin despertar a Jessa.

En cuanto me da un poco el aire, hago la llamada que estoy deseando hacer. Necesito respuestas. Ya.

***

Jessa

Me doy la vuelta y descubro que Nolan se ha ido.

Se me encoge el corazón mientras se me forma un nudo en la garganta. ¿Tan ingenua soy que de verdad no esperaba que se fuera? Se me humedecen las comisuras de los ojos, y la humedad solo se disuelve cuando hundo la cara en la almohada.

Entonces oigo el timbre. A regañadientes, voy hasta la puerta y abro. ¿Quién sabe? A lo mejor Nolan se ha quedado fuera. Ese tipo de pensamiento no es más que una tortura.

—¿Jessa? ¿Estás bien?

—¿Avery? ¿Qué haces aquí? —El momento para esta visita improvisada no podría ser más perfecto. Antes siquiera de que entre, le echo los brazos al cuello y rompo a llorar.

—Tranquila, Jessa —sus palabras me envuelven mientras me lleva al salón y me prepara un té.

Se lo cuento todo. Todos. Y cada. Uno. De los detalles. No me guardo nada porque quiero que sepa lo bueno que es Nolan. No quiero que se centre en la parte en la que se ha ido.

Pero, por supuesto, esa es la parte en la que se fija. —¿Se ha ido?

—Sí. Pero… bueno… ya lo conoces. Nunca ha querido tener hijos. Se hizo la vasectomía, por el amor de Dios.

—Se *hizo* la vasectomía —dice, haciendo el gesto de las comillas en el aire alrededor de «hizo».

—Por favor, guarda a la Avery cínica, solo por un minuto —le suplico—. Nolan nunca me mentiría. En realidad es genial. Es divertido. Amable. Atento…

—Espera. —Se le pone una expresión extraña en los ojos, acompañada de un ceño fruncido—. ¿Estás enamorada de él? —Sé que intenta apoyarme por el puro terror que reprime en la pregunta que acaba de hacerme.

—Lo sé. Soy el cliché. La virgen que se enamoró del primer chico con el que se acostó. Pero no he podido evitarlo. Lo quiero. —Es la primera vez que lo admito, y sienta bien. Aunque se me oprime la garganta y se me encoge el estómago ante la confesión que está a punto de salir—. Sé que él no siente lo mismo. Pero, aun así, no quiero pensar mal de él. No era su intención que pasara nada de esto.

—Guau. —Avery apoya la cabeza en el respaldo del sofá y suelta un profundo suspiro—. No puedo creer que te hayas enamorado así.

—Es un buen hombre.

—¿Nolan?

Asiento.

—¿Nolan Finch?

Otro asentimiento.

—¿El hombre que ha cambiado de mujer más que de camisa en la última década?

—Por favor, no me lo recuerdes. Además, preferiría no pensar en él de esa manera.

—Eres el colmo del romanticismo. Sabía que eras una idealista… pero esto…

—Vale. Lo pillo. Soy una ingenua. Pasemos a asuntos más urgentes. —Pongo una mano sobre mi vientre. No parece real—. ¿Qué pasa con el bebé?—Pfff… esa es la parte fácil.

—¿Fácil? —digo con voz rota—. Dios mío, Avery. Si los papeles se invirtieran y fueses tú, ¿de verdad estarías diciendo que el bebé es la parte fácil?

—¿Comparado con elegir a un compañero de vida? Sí. —Sus ojos son intensos—. El amor romántico es la parte difícil. Elegir amar a alguien para siempre. Eso es jodidamente difícil porque, la mayoría de las veces, no vais a estar de acuerdo en las cosas. Te decepcionarás. Os haréis daño. Y cada vez que pase una mierda, tienes que elegir si te quedas o te vas. ¿Pero el bebé? No. No es lo mismo. En primer lugar, nos tienes a mí y a tu familia para apoyarte. Pero aparte de eso, sí, el bebé te va a suponer un reto diferente. Te llevará a tus límites físicos y emocionales. Te mostrará quién eres de verdad. Pero en realidad no tienes elección. Siempre serás la madre de ese bebé, pase lo que pase. Vayas donde vayas. Y lo que te jode la mente de todo esto es que no has podido elegir quién es tu bebé. Te toca quien te toca y luego vives con ella. Así que sí, si me preguntas, elegir a tu pareja es mucho más difícil.

—¿De dónde ha salido toda esa sabiduría? —la miro boquiabierta.

—De los libros. —Como si eso lo respondiera todo—. Y un poco de la vida. —Me sonríe. Tontamente. A pesar de su corazón hastiado.

—Me alegro mucho de que estés aquí. ¿Por qué te has pasado?

Evitando mi mirada, murmura algo ininteligible. Pero no importa. Está aquí y no se va a ir a ninguna parte. Eso es lo que importa en la vida. La gente que se queda a tu lado.

Chapter 8

Capítulo 8

Jessa

Cuando Avery se va, cojo una mantita para sentarme fuera, en el jardín, a pensar en algunas cosas. A saber: cuándo pedir cita con el médico para confirmarlo todo y, luego, lo más importante, cómo decírselo a mis padres. No voy a mentir, se van a llevar una pequeña decepción, pero también sé que serán mi mayor apoyo. Su decepción se deberá únicamente a que quieren que su hija sea feliz y que tenga amor en su vida.

Se me escapa un suspiro largo y profundo al abrir la puerta trasera.

—¡Madre mía! —grito cuando veo a Nolan en el porche trasero. Se me revuelven las tripas y me dan un vuelco, como a un pez fuera del agua—. Me has asustado.

¿Está aquí? ¿No se ha ido?

—Hola —dice, frotándose la parte inferior de la cara—. Tenemos que hablar.

Mierda. Esto suena mal. Y tampoco tiene buena pinta. Su cara está llena de angustia. No estoy segura de que mi corazón pueda soportar lo que está a punto de decir, pero tengo que confiar en él. Quiero decir que, si lo quiero, tengo que escuchar lo que tenga que decir. Así que me siento a su lado.

—Todo esto es culpa mía —empieza. Se frota las palmas de las manos contra los vaqueros, preparándose. Solo espero poder prepararme yo en el mismo tiempo.

—Bueno, los dos…

—Nunca me hice la vasectomía.

—¿Qué? —El corazón se me desboca contra las costillas, a punto de salir volando y aterrizar en cualquier parte de la hierba—. ¿Me mentiste?

—Joder, no. Mierda. Me doy cuenta de cómo ha sonado eso. Eh… —Se agarra el pelo—. Acabo de hablar por teléfono con el médico y, por lo visto, me desmayé antes de que pudiera hacerme la intervención. Cuando volví en mí, me dijeron que me lo tomara con calma durante el resto del día y que al día siguiente ya estaría bien. Creí que me estaban dando las indicaciones para el postoperatorio. No me di cuenta de que no me habían hecho nada.

—Qué fuerte.

—Joder, ya lo sé.

—No me lo puedo creer.

—Por favor, Jessa. Tienes que saber que yo no te mentiría. Se me revuelve el estómago solo de pensar en todo esto. Es todo culpa mía. Soy un capu…

—No. No quiero decir que no te crea. Yo… eh… en realidad no creo que me mintieras —Le brillan los ojos cuando le digo eso—. Solo quiero decir que es una situación de locos.

—A mí también me cuesta creerlo, y eso que me ha pasado a mí. O sea, ¿por qué no me dijeron nada más? ¿Tan ido estaba? —Niega con la cabeza, que sostiene entre las manos—. Lo siento muchísimo —dice con la voz ahogada.

—No pasa nada, Nolan. No es culpa tuya al cien por cien.

—Jessa —tiene los ojos rojos—, ¿cómo puedes ser tú la que me tranquiliza a mí en este momento?

Se me llenan los ojos de lágrimas y me encojo de hombros. Hay tanto que quiero decirle… Si tan solo pensara que podría convencerlo de que me quisiera. Si tan solo mis palabras pudieran ser lo bastante poderosas como para revelarle una verdad profunda y necesaria. Si tan solo las palabras pudieran ser suficientes. Pero no lo son.

Así que, aunque siento un nudo en la garganta, me limito a decir:

—No te has ido.

Guarda silencio durante un buen rato, con la mirada fija en las manos que le cuelgan entre las rodillas.

Finalmente, con la voz entrecortada, dice:

—No podía.

Esas dos palabras. Es todo lo que necesito de él ahora mismo. Y sé que todo va a salir bien.

Podría haberse ido. Podría haber estado a la altura de su reputación. Podría haberse largado sin más. Haber planeado enviar la pensión alimenticia. O no. Pero ya no está eligiendo su pasado. Siento que está eligiendo el presente. Conmigo.

—Eso es lo único que importa, Nolan. —Apoyándome en su brazo, descanso la cabeza en su hombro. Entonces siento sus brazos rodearme.

—Ven aquí, Bambi. —Me sienta en su regazo, abrazándome. Estrujándome. Acurrucándose contra mí. Puedo sentirlo a él, al verdadero Nolan. Al hombre detrás de los muros. Al hombre bajo la armadura. Es tierno. Dulce. Leal. Cariñoso. Adorable. Es mío.

Tras unos minutos en sus brazos, dice:

—No me voy a ninguna parte, Jessa.

—Vale —consigo decir entre lágrimas.

Con una mano me seca la humedad de las mejillas.

—Siento que ya me conoces, pero tengo que decirte que elegir quedarme contigo es una de las pocas cosas en mi vida que he sentido que estaban tan bien. Aparte de ti, solo he estado seguro de lo protector que era con Poppy y, luego, de mi decisión de hacerme bombero. Y luego estás tú. Tres cosas de las que estoy absolutamente seguro.

Igual que no puedo contener las lágrimas, tampoco puedo reprimir las palabras.

—Te quiero, Nolan. No tienes que…

—Yo también te quiero.

Me río entre lágrimas.

—¿Me estás diciendo que he hecho caer al gran Nolan Finch de un solo golpe?

—No se lo digas a nadie —murmura en mi cuello.

—No lo haré.

—Bien. Porque voy a hacerlo yo.

Ay, mi corazón. Se derrite. Revolotea. Flota por encima de mí, y está tan increíblemente lleno.

Nunca habría creído que el amor pudiera surgir así, cogiendo a las dos personas con menos probabilidades de enamorarse y concertándoles una cita de un millón de dólares que les daría un futuro.

Él era el ligón consumado mientras que yo siempre me he aferrado a mi reputación de niña buena. Ahora vamos a tener un bebé juntos. Me ha añadido a su lista de personas a las que es leal. Me quiere. No podría desear nada más.

Aunque no tengo ni idea de cómo vamos a afrontar todo esto, nunca he sido más feliz en mi vida.

Chapter 9

Epílogo

Jessa

—Madre mía, Summer, ¿lo harás? ¿Me ayudarás a llevar Bloom and Blossom durante un tiempo? —estoy hablando por teléfono en medio de la cocina mientras Nolan nos prepara unos macarrones con queso. He tenido antojo. ¿Pueden empezar los antojos tan pronto en el embarazo? ¿A quién le importa?

—Por supuesto, me encantaría ayudar. Mi horario es superflexible y me encantaría echarle una mano a una amiga.

—Esto es increíble. Me has quitado un gran peso de encima. No sé cómo agradecértelo.

—Agradécemelo con mimos del bebé.

—¡Claro! Te añado a la lista.

La lista, por cierto, se hace más larga cada día. De momento, incluye a varios bomberos que están reservando su turno antes que cualquiera de los jugadores de hockey, lo cual es una tontería, teniendo en cuenta que todos los jugadores de los Courage están fuera de la ciudad de todos modos. Pero no me he metido en ese lío.

Y, por supuesto, toda mi familia y mis amigos también están en ella. Baste decir que la lista está completa. Este bebé ya es muy querido.

Ah, y cómo olvidarme: Reba y Alva compitieron por los primeros puestos de la lista, afirmando que todo es gracias a ellas. (Obviamente, los abuelos están en lo más alto, pero esas dos de verdad que se merecen un puesto casi arriba del todo). Al parecer, las dos hicieron una apuesta amistosa sobre si Nolan y yo haríamos buena pareja. Ahora no recuerdo quién estaba a favor y quién en contra —achácalo a mi cerebro de embarazada—, pero ambas estuvieron de acuerdo en que la subasta era la vía perfecta para poner a prueba su teoría. ¿Y la apuesta amistosa en cuestión? Era de un dólar. Se ve que tiran la casa por la ventana.

Para mostrarles mi gratitud, se lo he agradecido con plantas. En general, todo el mundo está contento con los intercambios.

Las manos de Nolan se deslizan alrededor de mi cintura mientras termino la llamada con Summer.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta con una ternura especial. Se ha portado de maravilla hasta ahora. Cuidando de nosotros, dándonos de comer, dándome masajes todas las noches.

—Estoy muy bien. Tengamos sexo. —Le cojo de la mano y me doy la vuelta para mirarlo.

—¿Aquí mismo?

—Es solo sexo —digo en tono juguetón.

Sus ojos se vuelven serios y me mira por dentro. Más allá de todo, hasta las profundidades de mi alma. Contengo la respiración al ver cómo ha cambiado su humor.

—Contigo nunca es *solo sexo*. Nunca lo ha sido y nunca lo será. Estar contigo lo es todo para mí. Antes de ti, todas las veces eran *solo sexo*. Y a duras penas. Era una versión vacía de algo. Y entonces llegaste tú. Contigo, lo es absolutamente todo. Te quiero muchísimo.

—Yo también te quiero. Lo eres todo para mí.

Y entonces me demuestra qué significa «todo».

Tres veces.

***

¿Quieres más de Jessa y Nolan? Lee el epílogo extra.

***A continuación, en esta serie, lee* Mi nuevo y ardiente roomie**

Si te lo perdiste, revisa el libro 1: Kenzie y Finn en Mi falso novio ardiente

Si quieres leer más historias cortas y picantes, empieza con Encendida por el mejor amigo de mi hermano

¡Gracias por leer!

¡Gracias por leer! Suscríbete a mi boletín y recibe escenas extra, contenido exclusivo y un libro gratis.

Otros títulos de Lana Piers

Lit Creek

Encendida por el mejor amigo de mi hermano
Encendida por mi segunda oportunidad ardiente
Encendida por mi jefe sexy e insoportable
Encendida por mi flechazo provincial
Encendida por el hermano de mi mejor amiga

Lit Creek Fire Department

Mi falso novio ardiente
Mi mejor amigo ardiente
El papá ardiente de mi hijo
Mi nuevo y ardiente roomie

Lit Creek Holidays

Halloween con el hermano de mi mejor amiga
Jingle y besos en el béisbol – La competencia ardiente
Decoraciones, damas de honor y decadencia en Bourbon Street

Calgary Courage

Juego falso, amor verdadero
Juego falso, pasión verdadera
Juego falso, nosotros verdaderos
Juego falso, verdaderos problemas
Juego falso, verdadero corazón

Lit Creek Billionaire series
Lit Creek Blue Collar series
Y si buscas algo un poco diferente, prueba estos romances históricos subidos de tono del alter ego de Lana, Eliana Piers. Histromcom con un aire moderno.

The Good Dukes

¡Bravo duque, pero qué frío!
¡Bravo duque, pero qué duro!
¡Bravo duque, pero qué malo!
¡Bravo duque, pero qué caída!
¿Bravo duque, dónde has ido?
¡Bravo duque, pero qué rebelde!
¡Bravo duque, pero qué salvaje!

The Ashbourne Legacy

El bribón y la bibliófila
El farsante y la física
El casto y la cautivadora
El rebelde y la rosa
El libertino y la lectora
El perezoso y el petirrojo
La espía y la solterona
La boda del legado Ashbourne

Dukes for Christmas

Una bella para un duque
Una chispa para un duque
Un sueño para un duque
Una nieve para un duque
Una malvada para un duque

The One With the Wanton Woman

El de la canalla y la lectora
El de la novia curvy del duque
El del duque, un escándalo y muérdago
El del duque redimido
El del duque rebelde
El del duque canalla
El peor duque… ¡pero qué encanto!

El mejor duque… ¡y se nota!

Duke Dare

La solterona del duque

La diosa del duque

La rebelde del duque

La dama del duque

Agradecimientos

Hay demasiadas personas a las que quiero agradecer—demasiadas para una sola página. Así que tuve que hacer una lista corta. Papá: ¡Tienes tantos personajes que no puedo seguirte el ritmo! ¿Qué sigue? ¿Misterios romcom? Jeje.

Esposo: Gracias por tu apoyo y por permitirme escribir exactamente lo que amo. Y gracias por TODAS las charlas de hockey. Ahora incluso sé qué es un B-U-G. Y mucho más. Eres el mejor.

Lectores beta: Tengo tanta suerte de haber encontrado lectores tan maravillosos que me han ayudado a mejorar mis historias :D

¡Morgan Evans! ¿Qué hacía sin ti? Gracias por ser tan increíble y asegurarte de que no pierda la cabeza. No es un trabajo fácil, ¡pero lo haces fantástico!

Equipo ARC y de calle: ¡GRACIAS! Gracias por la emoción, las publicaciones, los compartidos y TODO EL AMOR.

Lectores: A todos los que leyeron este libro: ¡GRACIAS! Espero que se hayan reído, sonreído y simplemente se hayan sentido bien mientras lo leían.

Sobre la autora

La galardonada y autora superventas internacional Eliana Piers ha estado escribiendo y cantando historias desde los cinco años. Inspirada por autoras como Julia Quinn, Tessa Dare, Meghan Quinn y Tessa Bailey, Piers decidió probar su pluma en el papel. Escribir sobre el amor y cómo dos personas llegan a conectar y compartir partes de sus almas se ha convertido en una obsesión. Lana Piers es el alter ego de romance contemporáneo de Eliana Piers. Piers vive en Canadá, donde nunca hace demasiado frío para un frappé y nunca se es demasiado mayor para amar un HEA OTT.